

EDITORIAL



SEPTIEMBRE 2 DE 1968
N.º 1319
AÑO XXVIII
33 BARRIO
DROGUAY 5.º
BROOKLYN 80 - M.F.A.

MARCHA

BANCO DE LA REPUBLICA Y BANCOS PRIVADOS



¿qué piensan
los norteamericanos
sobre VIETNAM?

ANGEL RAMA

Raros y malditos en la literatura uruguaya

RAROS Y MALDITOS EN LA LITERATURA URUGUAYA

¡ FALCE, cuando otros años su padre lo abandonó— guayo exiliado en Francia —porque así debía sentirse desde que sus padres lo dejaron del ambiente familiar enviándolo a estudiar a Tartes y a Pau— comenzaba una de los libros más sombríos que conozca la literatura de Occidente, y aunque el no interesa la literatura uruguaya puede servirnos para dar una búsqueda estética, temática, filosófica, que ha venido acrecentándose en las letras del país.

Se llamaba Isidore Lucien Ducasse, era un estudiante melancólico, según el testimonio de sus camaradas, brillante en matemáticas y geometría, tan secretamente solitario como para adivinar del afán de la futura gloria literaria: "El fin del siglo XIX verá a su poeta... ha nacido sobre las costas americanas, en la desembocadura del Plata, allí donde nos pueblos.

• Este texto fue escrito para servir de prólogo a un libro de próxima publicación donde, bajo el título *Cien años de raros*, se recogen escritos de Lautréamont, Horacio Quiroga, Federico Ferrand, Felisberto Hernández, José Pedro Díaz, León S. Castel, Arsenalia Somers, María Inés Silva Ylla, Gley Echevarría, Héctor Massa, Luis Compadre, Mariano Di Giorgio, Jorge Sclavo, Mercedes Beiz y Tomás de Mattos.

añoño rivales. Actualmente se esfuerzan por superarse mediante el progreso material y moral. Buenos Aires, la reina del sur, y Monte- video, la conquis, se tienden una mano amiga a través de las aguas argentinas del gran estuario". Así dice al concluir el primero de los Cantos de Maldoror, que estará escrito en 1907 y será editado al año siguiente.

Le quedan sólo dos años de vida para completar su obra terrible y publicarla. Cuando muere el 24 de noviembre de 1870, a los 24 años de edad, lega al mundo un extenso monstruo que por décadas nadie osará tocar. Sólo León Eloy se atreverá a extraerlo del subterráneo y mostrarlo al mundo: "Por ridículo que pueda ser hoy descubrir un gran poeta y descubrirlo en una casa de locos, debo declarar en conciencia que estoy cierto de haber sacado el hallazgo". Menos conocido aun en la "desembocadura del Plata", Rubén Darío será uno de los primeros en leerlo, y en esos años del fin de siglo en que se abre la "belle époque", su nombre —y su obra casi desconocida— sirven de contraseña: Alvaro Armando Vasseur se declara su hermano adúltero y Darío, en la silueta que le consagró en su galería de Los raros, lo define magistralmente: "El Bajísimo lo poseyó, penetrando en su ser por la irrisión. Se dejó caer. Abreíró al hombre

y detestó a Dios. En las seis partes de su obra sembró una flora enferma, leprosa, estruendosa".

Pero si nació en Francia, recogió su herencia por un largo tiempo, menos aun en su Uruguay natal, que necesitó llegar a la obra de los humanos Guillot Muñer, en la década oscura de este siglo, para reivindicarlo como tal la nacionalidad "montevideana" de que Ducasse se enorgullecía. Aún hoy sigue siendo en su país un escritor secreto, casi un "mot de passe" entre una reducida cofradía de lectores fervientes. ¿Quién en el siglo XIX podía ser capaz de aspirar el perfume de esa "belle époque" nacida en tierras americanas, y que horror superaba en mucho a otras enfermedades flores americanas del mismo siglo, las que es el norte cultivara Edgar Allan Poe?

La constante mayoría de las letras uruguayas fue y es el realismo; un sano, fecundo, vigoroso y también con frecuencia sencillo y un primario realismo. En sus prolegómenos existe una larga tradición epifánica que inaugura con los poemas épicos medievales una inserción, a mitad de camino, de una larga tradición, la del realismo italiano, pesoso, más sensual, irónico y epidérmico, legado en el país bajo la forma del verismo y el decadentismo finalisecar; una tradición muy inmediata, muy simple y honrada de la real que, a lo largo de su historia, traza la configuración sociológica de la sociedad uruguaya, con dos grandes momentos, uno en el XIX (introducción y triunfo, a partir de él, del racionalismo) y otro en el XX (el nihilismo nuevo de los inmigrantes, a partir de 1910); la enseñanza de las escuelas artísticas europeas y norteamericanas que más influencia han tenido en la vida intelectual del país y que, del naturalismo francés del siglo pasado al neorealismo italiano de la época actual han estructurado una imagen específica —y subjetivamente convencional a la fecha— de lo real; las líneas filosóficas que animaron el pesimismo nacional, desde el racionalismo de José Pedro Varela al pragmatismo de Cacho Vaz Perrella; las concepciones demeríticas que generó originariamente la revolución de independencia, que mantuvieron vivas hasta que fueron derrotadas las monteras ganadas y que posteriormente hicieron suyas y desarrollaron los contingentes inmigratorios que desde las últimas décadas del XIX enriquecieron el país.

Pero desde hace cien años —exactamente desde la obra del franco-uruguayo que firma con el seudónimo "Comde de Lautréamont"— hay una línea secreta dentro de la literatura uruguaya. Esporádica, ajena, índica en sus comienzos, progresivamente emerge a la luz, pacia con los lectores que antes había desafiado, y en los últimos veinticinco años se incorporan autores, estilos, búsquedas artísticas originales, hasta formar, si no una escuela, una tendencia, —minoritaria— de la literatura nacional. Sus autores le son curiosamente desconocidos. En su mayoría la cultivan en forma epifánica, sin consagrarse por ellos a veces como laboratorio secreto del que extraen componentes para creaciones más públicas y compartibles, a veces como trabajo en un período formativo del estilo. Algunos pocos la son enteramente fieles; valga el nombre de Roberto Hernández.

No se trata de una línea de literatura fantástica que oponer a la realista dominante, según el esquema que cultivó la crítica argentina en las dos décadas bajo la hegemonía del grupo Sur. Si bien apela con sutileza a los elementos fantásticos, los utiliza al servicio de un afán de exploración de mundo. Así es de esos estereotipos fantásticos que, desde los días de la modelación realista que la literatura inglesa naturalista había operado sobre las invenciones románticas (ejemplo Henry James), hicieron estrago en la narrativa europea a partir del 80. Con mayor rigor habría que hablar de una literatura imaginativa. Despreñándose de las leyes de la causalidad, trata de entrecruzar con ingredientes inusuales e parentados con las formas oníricas, opera en provocativa libertad y, tal como sentenciará

